

El Pejealeph y otros cosas pocos serios

Ariel Pérez



Capítulo 1

El Pejealeph

Como todos los jueves, un grupo de aficionados, nos reunimos en el club de pescadores para, entre charlas, contar nuestras hazañas en la actividad y emborracharnos. El grupo es cerrado, pero las anécdotas de pesca son infinitas. No es que combatamos por quién ha pescado el pez más grande; no es un concurso del mejor pescador o mentiroso. Cada uno tiene su momento de lucirse. Implícitamente, hemos determinado que cada jueves le pertenece a un miembro. La misma charla nos servía como cebo para ver quién picaba y se lucía.

Ese jueves, fue el turno de Don Jorge Luis. Después de analizar el uso de la pasta y las lombrices, y mientras la damajuana iba perdiendo peso, nos embarcamos en un pequeño debate sobre cuál era el pescado universal, el pez de peces, aquel que representaba a todos los peces que existen en el orbe.

Uno se apresuró a hablar del tiburón. Su teoría se basaba en que los tiburones son una de las especies más grandes y temibles. Depredadores que pueden ingerir casi cualquier otro pez. Por lo tanto, es tiburón y también el pez que se haya comido. Pero también, el pez que comió el comido, y el que comió el comido que comió, así hasta el infinito. Esto fue refutado rápidamente. La teoría no podía salir del campo de las meras posibilidades; sería extraño pensar que aquel ejemplar, que asecha el verde azul del mar Caribe (y aunque no respete banderas), sea sábalo, que es de agua dulce y habita en América del Sur. Alguien recordó que no hacía mucho, en la tercera edición de *A starving shark ate my leg* (Thomas D. Castro, 2001), leyó sobre un caso que data de los años '90, donde un santafecino fue devorado por un tiburón en las costas de Miami. El hincha de Colón y menemista, recién llegado a esas playas soñadas, no tuvo mejor idea que ir a remojarse los pies en la orilla. El éxtasis de no estar a la vera de un río o en las frías costas del Tuyú, lo animaron a meterse más y más en las aguas saladas, al son de "Sabalero, sangre de campeones, sabalero, garra y calidá", para nunca más salir. No es inverosímil, que el hombre, que hacía un día había estado en su casa de Santa Fé, hubiera comido sábalo y todavía no lo hubiera digerido, y que de esa forma el tiburón haya comido aquel pez de río. Pero no deja de ser una simple conjetura.

-Debo agregar-comentó el máximo detractor de la teoría del tiburón- que el mero gigante es capaz de tragar un tiburón pequeño de un bocado.

-Es cierto, pero como usted bien aclara, se trataría de tiburones pequeños, no del rey de la mar.

-Entonces –volvió a replicar el retractor –, que su teoría se basa menos en lo que come el tiburón, que en el hecho popular de ser considerado el rey del mar.

-Puede ser. El león es considerado el rey de la selva.

-Y en todo caso el rey del mar sería el león marino que lejos de ser un pez, es una foca; una morsa a lo sumo. Además ¿Quién avala la embestidura real tanto de tiburón como de leones? No, señor, es solo un mito ictícola, como una lata de atún. Al menos, el pejerrey lleva el título en su nombre.

Entonces, alguien no tuvo mejor idea que postular a los peces multiplicados por Cristo, el rey de reyes, como los peces de peces. Mi espíritu agnóstico me llevó a preguntar si en la Biblia se hacía referencia al tipo de pez que se trataba o si como el fruto prohibido no tenía nombre, pero se lo asemejaba a una manzana. Me dijo que, que el supiera, no se especificaba su nombre. Pero se inclinaba a pensar que se trataba de un pez genérico, ideal, como podría adivinarse en una idea platónica, algunos siglos antes del advenimiento del Salvador. Un pez que, tiene las tripas en todos lados y sus escamas en ninguno.

No menos polémica que la anterior fue la hipótesis de la anchoa. La cual está en una pizza y las pizzas en todos lados.

-Puedo –dijo quién postuló la idea – ir a cualquier parte del mundo y pedir una pizza con anchoas.

-Una pizza con anchoas no es una pizza, es una mierda-replicó otro.

Y un tercero:

-A mí no me gusta la de cebolla.

-La de ananá... esa sí que no es una pizza...

Y sin darnos cuenta, nuestra charla sobre el pez universal viró a la pizza. Comenzamos a reflexionar sobre el fainá; si era considerado pizza o simple aderezo; y si era conveniente colocarlo sobre la porción o debajo de ella, para sentir en la lengua, primero el trigo y luego el garbanzo o viceversa. Las reflexiones se tornaron debate, y el debate, discusión; y la discusión en un principio de justa. Alguien se ofendió ante la afirmación de que la mozzarella era reemplazable por queso fresco. Afirmaciones como

aquella, exigían una satisfacción. Y serían los cuchillos los que hablaran.

-El Pejealeph –dijo con voz tranquila Jorge Luis, entre el murmullo y la sed de sangre. Nadie reparó en él. Todos mirábamos expectantes a los duelistas que ya habían enredado los ponchos en sus brazos. Entonces Don Jorge Luis golpeó fuertemente la mesa.

-¡El pejealeph, Carajo!

Todos callamos y el vino de su vaso desapareció de un sorbo, para refrescar la garganta y tomar el coraje que necesitaba su historia. Al fin alguien había picado el anzuelo.

Conocí a Achával en Plaza Constitución. El destino conjuró para que podamos sentarnos (que no es poco) uno al lado del otro y que, a la altura de Bandfield, un hijo de vecino se haya creído capaz de vencer al tren, provocando la demora de las entradas y salidas hasta nuevo aviso. El hastío y las puteadas nos presentaron. Yo viajaba a Adrogué y él a Alejandro Korn. A Achával se le daba la pesca tanto como a mí. Y eso ayudó a que entabláramos una amistad pasajera, de esas que se compran con la SUBE. Para cuando el tren arrancó, ya habíamos acordado que ese mismo fin de semana, iríamos de pesca a Villanueva. Luego se durmió; cuando bajé en mi estación, aún se babeaba la camisa.

En la madrugada del sábado, una F100 me esperaba en la estación de A. Korn. Éramos un grupo de cuatro personas. Achával y yo viajamos en la cajuela abierta. Me auguró un maravilloso día y mucho pique. Tomamos la 210 hasta Brandsen y luego la 29. Hora y media más tarde llegamos a destino. Solo nos detuvimos en el pueblo para comprar, en el almacén de ramos generales, carbón, pan y bebidas. No habían comprado asado. Tanta era su fe que pensaban almorzar y cenar lo pescado en el día. Por suerte, yo compré de contrabando un salamín y queso, que escondí en mi bolso mientras se decidían por llevar Gancia o fernet; compraron ambos.

Seguimos unos kilómetros por un camino seco hacia el río Salado. Gómez decía conocer un lugar secreto que nunca fallaba. Con la espalda apoyada en la pared de la cabina, podía ver la polvareda que levantaba la camioneta. El sol ya comenzaba a hacerse sentir. Y cuando frenó supe entonces que nos íbamos a cocinar. No había árbol a la vista. Sólo una pequeña pendiente con piedras y tierra colorada que desembocaba en la orilla de las aguas marrones. Bajé de la camioneta con menos ánimo del que tenía al subir.

En total silencio, y aislado por unos metros de mis compañeros comencé a armar mi línea, mientras los demás mezclaban el fernet con la Coca. Podía escuchar las risas despreocupadas de aquellos pescadores mientras pensaba si realmente habían venido a pescar. Nadie de los aquí presentes, digo yo, vería mal beber alcohol mientras se pesca, pero parece poco serio

tomar vaso tras vaso sin siquiera haber bajado las cañas de la camioneta.

Naturalmente, el primero en acercarse fue Achával, con su línea ya armada y un vaso de fernet cola con hielo, que el calor no me dejó despreciar. Yo había recogido el reel dos veces con el anzuelo vacío. No porque hubiera peces astutos que comían el cebo sin picar. No había pique en absoluto. Achával clavó su estaca a unos metros de mi posición e hizo un lanzamiento digno. Luego se me acercó para compartir la bebida. Intentaba darme conversación y yo le respondía con frases cortas; quien me conoce sabe que cuando pesco mantengo mi atención en la actividad. Siempre con una mano tocando la caña, para que mi energía la recorra y vaya por la tanza hasta la punta del anzuelo. No contaré mi secreto, pero puedo decir que la meditación zen siempre me ha ayudado. Claro, si es que hay peces cerca, si nos los hay no tiene sentido.

Recién pasadas las 10, nuestros dos compañeros se decidieron a tirar. Para entonces, tanto Achával como yo, no habíamos tenido un pique. Se la pasaban gritando y riéndose a carcajadas, cosa que a mí comenzaba a molestarme y el sol no ayudaba. A las 12, se estaban comiendo el pan. Antes de la 1, fueron al almacén del pueblo a comprar fiambre. Cuando volvieron, me acordé del queso. Tuve que compartirlo. No obstante, yo seguía en mi empecinada tarea, mientras los otros comían cerca de la camioneta. A las cuatro de la tarde, Visconti, juró que tuvo un pique, cosa que yo dudo, pero callé. Más bien parecía que su plomada se hubiera enredado con algo en el fondo. Gómez aseguró que ya se estaba acercando la hora y que en cuanto empezara el pique, no pararía. También dudé eso y el tiempo me iba dando la razón. A las siete de la tarde, volvieron a ir al pueblo a buscar más bebidas y comida.

Trajeron salchichas. Pero no compraron Savora -¡Hijos de puta! Encendieron una fogata cerca de la camioneta. Yo mantuve mi posición junto a la caña. Tenía la frente y los brazos rojos por el sol que me había pegado todo el día. Solo me levanté dos veces para mear. La segunda, fue ya entrada la noche, mis compañeros habían clavado las salchichas en unas ramas que no sé de dónde sacaron y las arrimaban al fuego, como niños exploradores yanquis. Me ofrecieron, pero solamente atiné a resoplar. Entonces continuaron, escuchen bien, contándose historias de terror a la luz del fuego. Era el colmo. Tomé una botella de fernet y volví a encerrarme en mi pesca.

Cerca de la una, ya sea por el alcohol o porque se contaron cuentos para dormir, yo era el único despierto. En el silencio de la madrugada podía escuchar los ronquidos. Tomaba fernet puro, y le daba mordiscos al salamín de vez en cuando. Todavía no pescaba y toda ilusión de sacar un bagre o una carpa se esfumaron. Pero todos saben que a mí no me gusta volver sin siquiera pescar una mojarra. Así que tomé la caña mojarra, encarné y hundí el anzuelo cerca de la orilla. Nada. La lombriz se desprendía como si yo fuera un inexperto en encarnar. Volví a intentarlo y

otra vez perdía el cebo. Busqué una tercera lombriz en la bolsa, pero ya no había. Sentí la ira que la frustración suele provocarme. Conté hasta mil y le di el último mordiscón al salmín. A penas me quedaba el borde del embutido. Perdido por perdido, intenté pescar con ese pedacito de salmín. Lo enganché y tiré. Habré estado unos minutos, sin percibir movimiento. Supuse que la carnada se había desprendido también. Y vencido me recosté sobre suelo. Entonces sucedió; mi caña, a la luz de las estrellas se movió; primero, de manera casi imperceptible, luego de manera más contundente. Algo había picado. Di un leve tirón y saqué lo que imaginé una mojarrita. Luego pensé que era un dientudito, luego un pequeño bagre. Y luego... -hizo una pausa para llenar su vaso y zampárselo de un trago -. No sé cómo contar esto. Pues ese pequeño pez, en la penumbra de la madrugada, no era solo un pez, sino todos los peces. Vi, lo juro por Dalma y Yanina, a todos los peces juntos en un mismo pez. En un pequeño pescado de 3 o 4 centímetros podía ver el surubí y todos los surubíes. Vi al bagre moviendo sus bigotes; Vi el tiburón y el pejerrey. Vi al pez martillo, al pez espada. Vi al infame pez globo. Vi la sardina y el atún y la caballa, esperando ser triturados y enlatados. Vi la lisa que nunca fue pescada. Vi al mero, al mero gigante, al mero enano, la corvina negra y la blanca y la violeta. Vi las carpas multicolores que de niño me fascinaban en el Jardín Japonés, y las carpas grises que ese día no habían picado nuestras cañas. Vi a Ariel (no a usted, señor Pérez) sino la Sirenita. Y vi todas las sirenas. Vi el salmón siguiendo su misma dirección: la difícil. Vi la merluza que estaría en la vidriera de la pescadería el día 23 de febrero de 1953, minutos antes de que mi abuela la compre. Vi la trucha saltando con felicidad, y otra tratando de escaparse del Martín pescador. Vi al padre de Nemo buscando a Nemo, y a Nemo, y a Doris, y al pez hecho de pecesitos que nada-harán. Vi las pirañas del Amazonas, las palometas. Vi al Pejealeph que era todos los peces y que me mostraba otro pejealeph que me mostraba otro pejealeph. Vi la boga; vi el pez gato. Vi el sábalo jetón que comió un santafecino un día antes de ser devorado por un tiburón en Miami.; Vi el Pescado Rabioso y sus hijos 1 y 2. Vi el bacalao, el robalo. Vi la raya; la mantarraya. Vi un pez ciego que vive en una gruta subterránea. Vi al abadejo, la lubina, el lenguado ¡El dorado! ¡La tararira! ¡La primera vieja del agua que pesqué en mi puta vida! ¡La choncha de su madre!, ¡Dame más vino!

Todos estábamos inmóviles. Don Jorge Luis extendía su brazo hacia adelante aferrando el vaso. Me entraron unas inmensas ganas de aplaudir, tras haber escuchado esa historia insuperable. Pero mis manos estaban ocupadas; estaba a punto de servirme el último culito que quedaba en la damajuana. Pero no lo hice. Delante de don Jorge Luis, yo no era digno de eso. Estiré la damajuana hacia su vaso. También vacié en él lo que quedaba del mío. Los otros me imitaron. El vaso de Don Jorge Luis rebalsó. Lo vimos beberlo en el total silencio. Ya no quedaban más palabras. Solo quedó la certeza de estar frente a lo absoluto. Desde ese momento y para siempre, supimos que, tras las palabras de Jorge Luis, ya

no había más que contar.

Capítulo 2

Circo porteño

-Sí, no sé, yo no entiendo mucho de esas cosas. Borges, yo no digo que no sea un bocho, pero me parece un laberinto chino. Un día traté de leer un libro del tipo y no entendí nada. A la tercera línea lo cerré. Yo lo único que leo es El Gráfico en el baño. ¿De qué me dijo que estaba escribiendo? -Esto último me lo preguntó mirando por el espejo retrovisor. Descubrí que llevaba un parche en el ojo, como un pirata en la ciudad -. Ah, sí, del imperio romano, el Coliseo y todo eso... Usté' tendría y escribir de Buenos Aires, Del Buenos Aires de Gardel, de la calle. Ahí `tá, tendría que escribir de mí, del Rafa Galli...¿Agarro Libertador?

Pasó un semáforo en rojo.

-Verde frutilla -me comentó y lanzó una risa apagada. Luego continuó -. No, en serio; yo, acá arriba, veo cada cosa... es de novela. Y a la noche, puf, ni le cuento. Y en la cancha... ¿Usté' va a la cancha?... Ah, yo sí, no faltó ni un partido. Fulbo de primera, lo miro a veces porque no me gusta; siempre lo mismo: River-Boca, Boca-River; todo los campeonatos son para los equipos grandes; y te discuten todos los orsai, los penales. A parte ver la tele hace mal, idiotiza. Lo único que miro, ya le digo, es fulbo de primera, a veces; Crónica a la mañana, y Tinelli, un rato ante de irme a dormir ¡Pelotudo, de dónde salistes! -exclamó sacando la mano por la ventanilla -. La gente anda loca. No se fija por dónde camina... ¿Qué le decía? Ah, sí, qué tanto Julio César, pan y circo. Mire, no hace falta irse tan lejos. Ya tengo el título, "Circo Porteño", en vez de circo romano. Con el circo que tenemos acá: Yosapas, magos, malabarista en los semáforos, liónes, gorila, piquetero. Mire si no tenemos circo... Dale, padre ¿Qué estás haciendo, limándotes las uñas? Cómo tardan para arrancar... cada día peor. Ya le digo, este íspa se va a la mierda. El otro día... uh, mirá esa mina...

¡Cuidado!

El taxi chocó contra un colectivo de la línea 60 que venía adelante. Mi cabeza chocó contra el respaldo del asiento delantero y reboté. No me desnuqué de casualidad. Rafael Galli bajó dejando su puerta abierta. Miró la trompa de su vehículo abollada, se agarró la frente. Levantó las manos a Dios. Insultó. Introdujo medio cuerpo en el auto y buscó debajo del asiento. Salió otra vez con una llave francesa de cincuenta centímetros de largo. Yo no tiné a salir en ningún momento; todavía estaba

conmocionado.

Quien manejaba el colectivo era una joven que descendió por la puerta delantera. Llevaba atado, en un rodete, su pelo rubio. En la colisión, se golpeó la cabeza contra el volante y se produjo una herida en la frente. La sangre brotaba y resbalaba por su cara, manchando su camisa celeste y su minifalda a cuadros. Llevaba un palo, ese que usan los choferes para medir las gomas.

Rafael, al verla parada ahí, esperándolo, se detuvo en seco.

-Ah, bueno, tenía que ser mujer. Qué castigo, Dios.

La rubia ensangrentada no dijo palabra; comenzó a acercársele con paso firme.

-Tenía que ser mujer -volvió a repetir el taxista.

La muchacha siguió avanzando, meneándose como si estuviera desfilando, hasta quedar nariz con nariz con el Rafa.

-Mirá lo que te hicistes en la cara, angelito de Dios. Si te hubieras quedado lavando los platos...

Pude ver como la colectivera doblaba su torso hacia atrás para tomar impulso. Rafael Galli sintió un cabezazo duro y pegajoso en el lado del ojo en funcionamiento. Tambaleó, tomándose el rostro. Escupió una lágrima que secó velozmente. Se irguió y se limpió la mancha de sangre ajena con un pañuelo blanco que sacó de su bolsillo trasero.

-Son todas iguales. Le decís la verdad y pegan. Tendría que bajarte lo dientes de un sopapo ¿sabé'? pero no le voy a pegar a una mina...

El palazzo en la pierna lo derribó. Cayó con todo el peso de su cuerpo. Un grito salió de entre sus bigotes. Retuvo el llanto ante los pasajeros que miraban por las ventanillas del 60, ante los que comenzaban a juntarse y ante mí, que seguía dentro del taxi.

-Ay, la puta madre, me rompistes la pata.

El pie de la rubia se posó en la barriga movediza del Rafa. Presionó un poco.

-¡Qué país, Dios! La concha de la lora...

La rubia apagó, con la punta de sus zapatos, un cigarro inexistente en la

panza del gordo.

-Del voto femenino y la re-concha de tu madre. Pará, que duele.

La chofer del 60 aflojó la presión. Sacó el pie. Rafael tardó un rato en levantarse. Desde la distancia en que me encontraba, ya podía verle las venas de la frente, hinchadas. Jadeante, sacó nuevamente el pañuelo y se lo pasó por la cara para enjugarse el sudor. Luego por la boca, para limpiarse la baba. Después, sacó el peine y se reacomodó el pelo. Miró a la gente expectante. Miró a la colectivera que aún sangraba.

-Si toda esta gente fuera a ver a Almagro... Tomá, limpiáte eso.

Le extendió el pañuelo. La chica lo recibió y se lo pasó por la cara. Después presionó sobre la herida.

-¿Qué miran? ¿Nunca vieron a un tachero y un bondi peleando? Qué país. Y vo' ¿cómo vas a frenar así, corazón? ¿No te enseñaron nada en la escuela de manejo? ¿Quién mierda te dio el registro?

-¡Gordo, estaba el semáforo en rojo!-gritó uno desde el colectivo.

-Vo' qué mierda te metés.

-Sacáte el parche para andar- dijo otro.

-Calláte vo' también. -luego se dirigió a la rubia -. Bueno, tomátelas, piba. Dale, volá ante de que...

-Antes de que, qué.

-Mirá, que no tengo un buen día, no me jodás porque voy a terminar...

Otro palazzo. Esta vez la boca del estómago. Sonó un ahogado "BUU". Galli cayó de rodillas. La gente vitoreaba, estaba sedienta de sangre. Yo no pude dejar de sentir, como en carne propia, los golpes que recibía mi taxista.

Muy lentamente Rafael recupera el oxígeno. Vuelve a ponerse de pie. Busca su pañuelo en el bolsillo trasero pero sólo haya los dientes del peine. El pañuelo está tirado en el piso, rojo y arrugado.

-Ahora te vas a subir a esa porquería negra y amarilla y te vas calladito ¿entendiste?

-Mirá... pendeja... -dijo entrecortado - cuando vo' tenga... los años que tengo yo en la calle... me hablás de... igual a igual... `tamo. Acá tenés...

que respetar a los mayores...

Palazo en las costillas. Rafael se toma el costado. Esta vez no cae. Se retuerce, gime, maldice.

-Dale, subíte y andáte, tuertito, que me das lástima.

Por el parche pirata pasa un reflejo de luz, desde el sector izquierdo inferior, subiendo en diagonal hasta la punta opuesta.

Rafael se da media vuelta, recoge la llave francesa y hace un paso hacia su auto. La rubia sonríe. Rafael gira ciento ochenta grados y tira un golpe que pega contra los labios con rouge de la chofer. Un chorro de sangre y dos dientes salen expulsados de la boca. La gente ovaciona. Se forma un impenetrable semicírculo desde la punta del colectivo hasta la cola del taxi. Galli festeja ante el público dándole la espalda a su contrincante. Yo bajo la ventanilla para observar mejor el espectáculo. Agito el brazo y grito.

La rubia se limpia con la manga de su camisa. Ataca. Un palazo a la cabeza del contrincante que lo bloquea con la llave. Rafael empuja con la planta del pie a la rubia, quien aterrizza sentada en el pavimento. Ahora es la francesa la que tiene como destino una cabeza, y es el palo el que bloquea. La mujer tira una zancadilla. Los tobillos del gordo trastabillan y éste se derrumba. La gente eufórica se divide en dos: los que alientan con "bondi, bondi" y los que lo hacen con "tacho, tacho".

¡Rafa, Rafa!

La chofer del colectivo se tira encima del taxista. Se sienta sobre su pecho. Con las rodillas aplasta los brazos del oponente. Está tratando de ahorcarlo con sus manos humectadas con crema. Rafa busca zafarse. Su cara comienza a ponerse morada. Con alguna maniobra contorsionista, invierte la situación y ahora es la rubia quien está abajo, sufriendo el sobrepeso del Rafa, con la diferencia que tiene una mano libre, que se encarga de arañarle el rostro; el esmalte se mezcla con la sangre. Galli entierra ojos con sus dedos. Hasta que una rodilla femenina rompe una entepierna masculina. Los hombres que miramos lanzamos un "¡uh!": inevitable dolor ajeno.

Se levantaron y pelearon parados. Yo festejaba cada golpe, cada intento de un gladiador por matar al otro. Desde arriba del colectivo, los espectadores rompían sus diarios y revistas para hacer papelitos y arrojarlos.

El palo y la llave se cruzaron. Todos los músculos pectorales del Rafa Galli se inflan. La rubia se muerde el labio inferior. La francesa vuela por el aire; Galli ha quedado desarmado. Ahora se miden mutuamente, giran en

círculo y buscan el momento oportuno para atacar. La rubia tira un golpe, el Rafa lo esquiva y se abalanza hacia ella. La empuja y la lleva hasta el colectivo. La mano lleva una y otra vez, contra la pared del automotor, a la mano que sostiene fuertemente el palo. Golpe a golpe, la mujer termina dejándolo caer. Ahora el Rafa la abraza por el cuello. Está indefensa. Gime de dolor y cansancio. Galli mira al público; todos hacen gesto con el puño y el pulgar y aturden con "muere, muere". Busca mis ojos con los suyos. Aún no he dictado el veredicto. Levanto el puño, lo giro.

¡Qué hago!

Las vértebras tocan la melodía de la muerte en un solo movimiento.

Marcha atrás, primera, esquiva el bulto, segunda, tercera, cuarta. Por el espejo retrovisor, veo el ojo vivo con pequeños cortes cercanos a él, enfrentando mi visión. Veo el sudor y la nariz con sangre que ya coagula.

-Por Libertador me dijo ¿no?

Capítulo 3

Tornillos perdidos

Decir que sentía lástima por los tornillos es demasiado. Nadie siente lástima por un tornillo. Ni siquiera él, que solía caminar cabizbajo, buscando tornillos en los cordones de la calle. Simples tornillos perdidos, esperando ser rescatados del olvido y del óxido. En cuanto uno se le presentaba frente a sus ojos, se agachaba y lo tomaba con sus dedos, lo examinaba brevemente y lo metía en su bolsillo. En ese breve examen, antes de guardarlo, podía sentir su utilidad potencial; ¿Quién sabe cuándo necesitaría un tornillo? Tener que prescindir de comprar un tornillo porque en un tiempo pretérito, del cual ya no se acordaría, se había inclinado para salvar el tornillo, ese tornillo que le hacía falta, era como una pequeña victoria. La efímera victoria de no tener que calzarse las ojotas y con toda la paja del mundo ir a la ferretería.

Aquel jueves, había encontrado tres tornillos y dos arandelas (también recogía arandelas, tuercas, bulones y cualquier otro dispositivo de la rama). Al llegar a su departamento, sustrajo de sus bolsillos el botín y lo dejó sobre el modular, para guardarlos después de bañarse y comer. Así hizo; los tornillos y las arandelas sonaron contra los otros tornillos y arandelas que descansaban en sus respectivos frascos de mermeladas. Terminada la tarea, se acostó en su cama boca arriba, como siempre. Del techo, justo debajo de la cama, colgaba una lámpara esférica de vidrio. Una bola de cristal heredada de sus antepasados, que no combinaba con la decoración de la alcoba, pero que sin duda era mejor que ver un foquito pendiendo de los cables. Sonrió satisfecho con lo conseguido ese día. Tres simples tornillos y dos arandelas no estaba nada mal, comparado con el día en que sólo había divisado un clavo, y que rechazó agarrar, como a casi todos los clavos, pues los consideraba más propensos al tétanos. Sin duda, no estaba nada mal. Pero de golpe, mientras la luz le daba de lleno en el rostro, un pensamiento arrebató esta satisfacción; como una revelación supo que, al buscar los tornillos, se perdió toparse con una mirada que lo enamorase, el abrazo de un reencuentro con un viejo amigo o el espectáculo de ver las ruedas salir del avión en su descenso al aeropuerto. Esto lo consternó. Lo comenzó a abismar. Haber cambiado aquellas cosas (sobre todo la primera) por tres tornillos y dos arandelas le apeteció un acto abominable. El horror se instaló en su cama junto a él y no lo dejó dormir por un largo rato, repleto de tribulación y pesadumbre. Lamentándose una y otra vez todas las cosas que había perdido por una tarea, que ahora le parecía inútil.

Al día siguiente, aún con el sabor amargo de la noche anterior, pero ya sin ganas de lamentaciones, se prometió a sí mismo ya no buscar tornillos, ni

juntarlos. Salió de su casa más erguido que nunca. Sintió descubrir la claridad del día. Se vio en varias ocasiones inclinando la cabeza hacia abajo, pero ni bien se daba cuenta de ello, la volvía a levantar. Se sentía algo incómodo en el esfuerzo de combatir ese impulso. También revitalizado al detenerse a mirar el rojo, el amarillo y el verde de los semáforos; la coordinación de unos con otros. No vio un avión aterrizando, pero sí un gorrión sobrevolando de una rama a otra. Reflexionó sobre la gente que vagaba cabizbaja con un celular en las manos y sintió cierta compasión por ellos. Se topó con un conocido, un viejo amigo que no veía hacía años. Se fundieron en un abrazo. Con el amigo iba su prima, quien le regaló una mirada enigmática, que él observó y juzgó como hermosa. Los tres se sentaron en la mesa de un bar. Charlaron largamente. Recordaron anécdotas. La muchacha reía, participaba, contaba sus propias anécdotas. En algún momento difuso, el amigo fue al baño, pero ya no lo volvió a ver. Mujer y hombre aprovecharon ese tiempo para tomar otras cervezas y conocerse más, lo suficiente para pasarse los números de teléfono. Al despedirse él intentó un beso, pero ella se lo negó. Con una sonrisa y una última mirada, ella le dijo que se hablaban y ya no volteó.

Cuando estaba boca arriba en su cama, aquellas miradas y aquellas risas, volvían a su cabeza repetidas veces. El deseo de enviarle un mensaje era enorme, pero se contuvo. De algún modo tuvo la certeza de que un mensaje a esas horas lo transformaría en un pesado. Quedó un largo rato sin poder conciliar el sueño; ella abarcaba todos los pensamientos. Y no se decidía si pensar que por culpa de los tornillos había tardado mucho tiempo en conocerla, o si, por el contrario, fue gracias a las horas perdidas en la búsqueda de tornillos que tuvo la oportunidad de estar solo para poder conocerla.

En la mañana del sábado, despertó con el sabor de un sueño erótico. Aún persistía el deseo de enviarle un mensaje. Para despejar su mente un poco, se puso a limpiar la casa. Y a pesar de la escoba, de los trapos, de la lavandina, el deseo aún estaba ahí. Mientras limpiaba su cuarto y pasaba el plumero por la lámpara de techo, reparó que a esta le faltaba uno de los tres tornillos que sostenían la bola de vidrio. Si estaba contento, esto lo puso mejor todavía. Los tornillos recolectados ahora cobraban sentido. Desatornilló los dos tornillos que aún la sostenían y con cuidado colocó la bola sobre la cama. Fue a buscar el frasco con los tornillos recolectados quién sabe hacía cuánto. Desparramó el contenido sobre un papel y empezó a buscar uno que sirviera. Pero a pesar de probar, y compararlos con un tornillo de los originales, no hallaba uno que calzara. La sensación de ironía lo invadió. Tantos días juntando tornillos y ahora que necesitaba, ninguno que le servía. No se enojó por ello; siempre podía ir a la ferretería y comprarlo.

El celular sonó sobre la mesita de luz. Ella le había escrito.

Hola

Hola! Cómo estas?

*No pensabas escribirme?
Ya te olvidaste de mi*

No. Perdón. Estoy con un lío en casa

Ah. Qué pasó?

*Se me perdió un tornillo
de la lámpara de techo del cuarto.
Tengo miles de tornillos en un frasco
y no hay ninguno que me sirva*

Jajaja que mal.

*Sí, qué paja.
Voy a tener que ponerme las ojotas
e ir a la ferretería.*

Jjaaja. Me comprás a mí?

Estás a la venta?

*Jajajajajaj. No idiota.
Que me compres tornillos.*

*Ya perdí unos cuantos.
Podemos buscar entre los míos
a ver si hay de los que necesitás*

Es una especie de invitación?

*Sí.
Perder los tornillos no está bueno.*

*Depende...
Si me das la dirección, paso.*

Le pasó la ubicación sin pensarlo. Se despidieron hasta más tarde. Él buscó ropa para bañarse y arreglarse. Mientras el agua de la ducha caía sobre su cara pensó que todo calzaba, como si el mundo conspirara a su favor. Había limpiado toda su casa justo para recibir visitas; la que más hubiera querido. Incluso la pérdida de tornillos había hilado una conversación para desembocar en la situación que ahora se le presentaba. Se afeitó, se perfumó. Volvió a su habitación aun sin ponerse las medias y el calzado. Miró a sus lados; vio los tornillos desperdigados sobre el papel, los frascos vacíos, la bola sobre la cama. Se apuró a colocar la lámpara, aunque quedase con dos tornillos. Estiró las sábanas. Llenó los frascos y los puso sobre la mesa, para que cuando ella entrase los viera. A él ya no le importaban los tornillos y esperaba que a ella tampoco. Pero le resultó divertido tenerlos a la vista, como para que pudieran ser un puente entre la conversación por WhatsApp y la posible charla cara a cara. Pero resultó como él esperaba; no estaba interesada en los tornillos perdidos ni en charlar de nada. Sin mediar más palabras que unos saludos, se arrebataron en un beso. Una pasión silenciosa. Danzaron abrazados, girando mientras se desvestían entre sí, yendo hacia la habitación. Se enroscaron con caricias y exhalaciones. Ella lo empujó a la cama; él la arrastró con sus manos en la cintura. Ella se posó sobre él; él pasó sus manos por el cuerpo de ella hasta aferrarla de cuello, manteniéndole así el rostro en alto. Y entre movimientos y gemidos ocurrió: La lámpara esférica del techo cedió; los dos tornillos que la sujetaban –y que muy posiblemente, mal sujetaban- dejaron que la bola cayera. Ni ella, ni él la vieron caer, pues los dos estaban con los ojos cerrados, concentrados en el goce. Pero ella la sintió justo en su frente, que es donde fue a parar, y en donde estalló. Él sintió el estallido y los pedazos de cristales en su cara. Hubo un grito seco. Intuitivamente el quitó la mano del cuello de ella, y ella las suyas del pecho de él para llevarlas a su cabeza. Sintió los dedos humedecerse con algo que no era sudor. Él se quitó los vidrios de la cara y pudo ver la sangre resbalando por la cara de ella. Se asustó. Todo era confuso. Ella salió rápidamente de encima de él, hacia un costado. Un trozo de vidrio se incrustó en su mano antes de bajar de la cama y la hizo trastabillar. Su muslo chocó contra el suelo, mejor dicho, contra otros trozos de vidrio. Volvió a gritar. Él se incorporó rápidamente para ayudarla a levantarse. Sintió que algo le pichaba en la planta del pie. La levantó de los brazos. Ella lloraba. Él no llegaba a razonar qué ocurría.

-Soltame –dijo ella.

-Cuidado te vas a cortar.

Entonces ella explotó como una lámpara mal colocada que se desprendió de un techo.

-iSoltame!

Él la soltó y vio como rengueaba al baño. La siguió; él también rengueaba por el tajo en su pie.

-¿Estás bien?

Ella gritó, frente al espejo, viendo la sangre. Luego empezó a insultarlo. Cuando él se acercó se puso histérica. Quería ayudarla. Pero ella salió del baño y empezó a recoger su ropa. él intentaba calmarla, le decía que llamaría a un médico. La seguía a donde fuera. Pisando las manchas de sangre que ella dejaba a su paso. Mientras se iba vistiendo, le repetía que no se acerque. La última vez que se lo dijo, fue en el living, revoleándole uno de los frascos de mermelada. Chocó contra la pared y hubo una lluvia de tornillos. Luego abrió la puerta y salió, dejándola abierta de par en par. Él se quedó petrificado frente al pasillo, viendo las manchas de sangre en la alfombra y las paredes, desnudo, sin alcanzar a entender. Y entonces tuvo una nueva revelación: de haber caminado cabizbajo aquel jueves pasado, hubiera encontrado el tornillo para su lámpara y nada de esa locura, hubiera ocurrido.

Capítulo 4

Sueño de Uno

Uno._: Anoche tuve un sueño. Fue hermoso. Soñé que contratábamos a una niñera para que nos cuide y nos cambie los pañales. De golpe, nos veíamos sin la necesidad de ir al baño. Entonces decidimos que ya no lo necesitábamos y vendimos todos los artículos. El inodoro, el bidet, la pileta y la bañadera. Con esa plata compramos libros, muchos libros y construimos una biblioteca en donde antes era el baño. ¿Podés creerlo? Una biblioteca para nosotros. Entonces como ya no teníamos más baño, y por lo tanto no nos bañábamos, vendimos todas nuestras ropas, excepto la que teníamos puesta. Es lógico, si ya no nos bañábamos tampoco nos cambiábamos la ropa. Con la plata que sacamos de los harapos, compramos latas de conserva: arvejas, atún, duraznos en almíbar, paté. Y como el ropero estaba demasiado vacío, por la ropa que vendimos, pusimos todas las latas en él. De modo que con tanta comida no perecedera que teníamos almacenada ya no necesitábamos ni el horno, ni la heladera. Así que los vendimos. La cocina quedó destinada a guardar los pañales usados que nos cambiaba la niñera, y también las latas que quedaban vacías. Tampoco necesitábamos la mesa, ni las sillas, ni la vajilla, ni los cubiertos. Con meter nuestros dedos dentro de las latas y sacar su contenido, sentados en el suelo o parados, nos alcanzaba. Vendimos todo aquello y con eso compramos un gato siamés, puesto que las ratas y las cucarachas comenzaban a fisgonear por el depósito de pañales y de latas. También nos alcanzó para comprar tres broches. Uno para la nana, otro para vos y uno para mí, ya que el olor, sobre todo cuando la nana abría la puerta para depositar los pañales, era casi inaguantable. Después de un tiempo nos dimos cuenta de que con la nariz tapada no necesitábamos los pañuelos así que los vendimos. Nos alcanzó sólo para comprar un lindo collar con cascabel para el felino. Pero al caminar, el tintineo del cascabel, alertaba a las ratas, creo yo, porque hacía tiempo que no las cazaba. Sí, hasta él se dio cuenta con esa intuición gatuna y ya no entraba en el depósito de pañales. Pasaba su vida en el comedor, no salía para nada. Nunca le habíamos comprado su cajón de arena y cagaba y meaba por todos lados. Yo decidí no ir más al comedor porque solía resbalar con sus soretes. Vos pensabas que era divertido hacer culipatín en el comedor. Así que lo nombramos pista de patinaje. Vendimos los muebles que nos quedaban. Y compramos banderines para decorar la pista. También compramos un pitbull. En ese entonces ya veníamos pensando en deshacernos del gato, ya que no servía para nada. Lo mató rápidamente, aunque recibió algunos arañazos; Uno le sacó un ojo. Luego lo devoró cuando comenzaba a pudrirse, creo que tenía hambre. La nana le tenía terror al pitbull tuerto y decidió no volver al comedor. Por lo tanto, los pañales ya no llegarían al depósito. La

nana sólo atinaba a abrir la puerta de la habitación y lanzarlos a la pista de patinaje. Que ya no era pista, por supuesto, sino un nuevo depósito. Y prontamente se convirtió en cementerio cuando el perro enfermó (creo que se le infectaron las heridas, sobre todo el cuenco del ojo que había perdido). Murió junto a los restos del gato. Fue entonces cuando la nana decidió ya ni siquiera abrir la puerta; era supersticiosa y jamás iba a necrópolis alguna. Comenzó a dejar los pañales en la habitación, junto al placard lleno de comida, inaugurando un nuevo depósito. Nos resignamos a la biblioteca, puesto que habíamos pensado nunca entrar al depósito de pañales. El problema radicaba en que el depósito de pañales también mantenía las latas de conserva dentro del ropero. Por más que le insistimos a la niñera que nos alcanzara la comida, ella siempre se negó, argumentando que ese no era su trabajo. Así que contratamos a un chef para que nos sirviera la comida. Éste no quería que nadie entre en la cocina, así que la niñera se instaló con nosotros en la biblioteca. Desde allí, abría la puerta y lanzaba los pañales y las latas.

Cuando llegó el verano, el calor era inaguantable. Los tres, a veces cuatro, metidos en la biblioteca podíamos vernos, unos a otros, transpirar y sofocarnos. Entonces nos desnudamos, vendimos los andrajosos trajes y el sombrero de chef, más los pañales que aún no habíamos usado (hacía demasiado calor para llevarlos puestos) y compramos un ventilador usado. De modo que la nana sólo se ocupaba de cuidarnos. Cagábamos y meábamos en la biblioteca, y comenzamos a usar las páginas de los libros como papel higiénico. El único que no cagaba allí era el chef que lo hacía en la cocina o en el cementerio, quién sabe. En un principio usábamos las latas vacías, pero después nos tiramos a vagos.

La nana se negaba a tener sexo con el chef porque si bien le gustaba decía que los bigotes le hacían picar. El chef se puso en huelga, pidiendo que contratáramos a un barbero para que lo afeitara. Lo hicimos. El calor era inaguantable hasta para el peluquero, que antes que nada se desnudó, se rapó y nos rapó a los cuatro. Después sí le afeitó el bigote al chef. Se quedó en la biblioteca junto a nosotros y la nana, por la prohibición de entrar a la cocina dictada por el chef. Cada quince o veinte días nos despojaba de todo cabello. El pelo se mezclaba con los excrementos del piso. En una oportunidad, el peluquero confesó su amor lascivo por la niñera. Esto enfureció al chef y decidieron arreglar el asunto a las piñas. Contratamos a un referí de box. La pelea se haría allí mismo, en la biblioteca, pero no quedaba mucho espacio. Así que vendimos los pocos libros que nos quedaban y compramos protectores bucales y guantes. Cuando comenzó la pelea, la nana estaba excitadísima. Y cuando vio a sus dos enamorados, transpirados por el calor y la pelea, embarrados con mierda como luchadoras de fango (la niñera tenía algo de lesbiana), no aguantó más y se metió entre ellos pidiendo, casi de rodillas, que la poseyeran los dos al mismo tiempo. El referí dio por terminada la pelea en el primer round y nosotros, los únicos espectadores, nos enojamos y pensamos que estaba todo arreglado. Sobre todo, vos, que

habías apostado fuerte y en caso de empate la banca no pagaba. Subiste a la arena y fuiste directo al referí. Le diste unas cuantas trompadas, lo tomaste de los pelos, le hiciste chocar la cabeza contra la pared; y cuando estaba en el piso, seguiste pateándolo hasta que ya no se movió más. De modo que ahora teníamos un muerto en nuestra biblioteca. Lo mejor sería enterrarlo en el cementerio, junto al perro y el gato. Pero estaba la prohibición de ir a la cocina y el chef no pensaba tocar lo que no fuera alimento o la nana. Quisimos engañarlo, diciendo que éramos caníbales y que por lo tanto era alimento, pero no se dejó conmovir. El cuerpo comenzó a pudrirse. Los gusanos le manaban como una fuente y pensamos que el lugar ya no era una biblioteca sino más bien una plaza en la noche. Los soretes, el sexo, la fuente. Pero para que fuera plaza, necesitábamos espacio abierto, poder ver el cielo. Así que vendimos el techo. Y compramos unos bancos de plaza a unos vándalos, quiénes se instalaron rápidamente allí para drogarse. Cuando nos dimos cuenta de que el invierno se avecinaba comenzamos a comprar diarios para dormir en los bancos como crotos. Para ese entonces el barbero ya no nos cortaba los cabellos y lo despedimos. Dijo, como haciéndose el ofendido, que ya se había cansado de la puta (por la niñera) y que no cortaría el pelo en una plaza pública. La nana al escuchar esto, dijo que de ahora en más ya no era la nana sino una prostituta y que si querían sexo tendrían que pagar. El cocinero dijo que no pensaba gastar un mango en la reventada y se metió en la cocina. Nosotros, sobre todo yo, de vez en cuando, tomábamos sus servicios. Los vándalos fueron creciendo y se rescataron. Uno se hizo abogado, el otro médico y otro obrero de la construcción. Se fueron alejando. La prostituta también se marchaba afirmando que ya no había clientela. Creo que se casó y se convirtió en ama de casa. Solo quedó uno de los vándalos, el de los pelos largos, que murió de sobredosis. Eran dos ya los muertos que yacían en la plaza y un detective comenzó a investigar los casos. Se llevaron los cuerpos rápidamente. Al drogón, lo declararon muerte natural. En cuanto al referí, no hallaban al culpable. Sabías que era cuestión de tiempo que te descubrieran y decidiste refugiarte en la cocina, yendo contra toda norma. Fue ahí que te diste cuenta que el chef se había ido también, dejando pegada una nota en el ropero que decía:

ME LARGO. AHORA COMAN MIERDA.

De modo que la prohibición estaba expirada. Pero había una nueva orden y como ya no queríamos más problemas con la ley, obedecimos. Así que quedamos nosotros dos, solos otra vez; desnudos, cagándonos de frío, lamiendo nuestros propios pañales usados.

Capítulo 5

Lo que la gente pretende de un cartero

Cartera...

Carterista...

Cartero: Empleado de la administración de correos que reparte las cartas a los destinatarios.

Así es como lo define el diccionario. Y así es como lo define la gente. Un niño, un chiquito con los mocos colgando, le pregunta a su madre

-¿Quién es ese?

y la madre le va a contestar:

-El cartero.

Y luego el niño va a volver a preguntar:

-¿Qué es el cartero?

Y le madre le va a responder:

-El que reparte las cartas.

El mocoso puede preguntar para qué las reparte, qué es una carta, a quién las reparte, y todo ese tipo de preguntas, que terminan molestando a su madre, que puede llegar a pedirle que le deje de romper las pelotas.

La gente lo dice: el Cartero es el tipo que reparte cartas. ¡El tipo que reparte cartas! casi como si fuera su única tarea. Pero una cosa es lo que se dice y otra lo que se piensa y se espera.

El cartero sale del correo, con su bolso llenito de amorosos resúmenes de cuentas; No esperen esas cartas de la parejita y de la abuelita y del tío Pedro; Ya no existen. Para eso, por suerte para nosotros, están los e-mails y el WhatsApp, el Facebook, el Instagram, el Twitter, el Tinder y qué sé yo qué más mierdas. No, todo es cuentas. Sí, cuentas, miles de cuentas para todo el mundo.

En fin, sale del correo para entregar las cuentas y mientras camina, pensando en cualquier cosa menos en cartas -a lo sumo, en la carta que le llegó con las cuentas que tiene que pagar-, escucha la linda voz de una ancianita que dice:

-Disculpame, pibe -siempre vas a ser el pibe que reparte las cartas aunque tengas cincuenta años-. ¿La Municipalidad, dónde está?

-Haga dos cuadradas derecho, doble a la izquierda. A mitad de cuadra.

-Gracias.

-De nada.

O le preguntan:

-Che ¿Qué bondi me lleva para el barrio Tanto?

-Tomate cualquiera de estos, menos el blanco.

-Dale, gracias.

-De nada.

O le gritan:

-¡Flaco! ¡Eh, flaco! ¡Acá!

Y al mirar, ve cómo le hacen señas desde un auto para que se acerque a la ventanilla; Se acerca:

-¿La calle Fulano de Tal?

-No, la verdad no te sé decir.

-¿Cómo? ¿No sos cartero?

Sí, forro, cartero, no filcar.

Así es como la gente pretende que el cartero, además de ser el tipo que reparte cartas, sea un mapa ambulante del Gran Buenos Aires. ¿Por qué no le preguntan al diariero que siempre está dispuesto a contestar?

Otra cosa que la gente pretende del cartero es que sea adivino. Siempre está la tipa que te pregunta:

-No hay nada para mí.

Señora, piensa el cartero, ¿Cómo carajo quiere que sepa quién es usted?

-García – responde a tu cara de incertidumbre, como si con eso te resolviera el problema.

García... ¿Charly o Márquez? ¡Miles de Garcías! ¡40 Garcías por cuadra!

Uno tiene dos opciones ante aquella pregunta: Decirle delicadamente que le digan la dirección, con lo cual, si tiene suerte, se la dirán. Digo, si tiene suerte, porque es posible que le respondan "*Acá a la vuelta*" para poner las cosas más interesantes.

A ver si nos entendemos, señora: acá a la vuelta hay 40 Garcías. O puede uno optar por la más rápida y responder directamente y con total sequedad:

-No- sin siquiera revisar un poco el bolso.

Lo malo de este método es que deja a la persona contenta con la idea de que el Cartero adivinador es posible, muy posible. Casi tan posible como que sí tengas algo para García -para esa García-. Y cuando doblás en la esquina, y vas a dejar un sobre, esté la vieja, la vieja García, esperando con cara de orto diciéndote con la mirada: "*Me dijiste que no tenías nada*".

Anexado a esta categoría de adivinador está la de meteorólogo, que también es una especie de adivinador especulativo. Uno va a entregar una

carta certificada, y mientras le meten el gancho, le preguntan:

-¿Lloverá?

Espero que no. Espero que no llueva nunca más. Laburo en la calle, me mojo, me enfermo.

-Tiene que llover –agrega casi burlándose- hace falta lluvia. Andá a cagar.

O al contrario:

-¿Hace calor, no?

Mucho, señora, y me estoy derritiendo. Firme de una puta vez.

-¿Qué temperatura estará haciendo?

No sé, estoy en el medio de la calle, doña. Prenda el televisor y fíjese.

Seguro que en Crónica está el cartel que dice: ESTALLÓ EL VERANO.

Es que la gente quiere conversar, hablar un rato. Y ahí es cuando el cartero se convierte en confesor o psicólogo, asistente social o simplemente oreja. Cuando uno está en el momento máximo del clímax, en dónde quiere acabar de una buena vez por todas con la repartija, siempre hay alguien que dilata la conversación. Y uno tiene que escuchar los quilombos de la gente, compadecerla, entenderla... Uno es bueno, paciente, comprensivo. Pero no puede resolver los problemas de los demás. Y una vez que la gente descargó toda la mierda que tenía adentro, y el cartero se comió ese garrón que no aportó nada productivo a su vida; una vez que indultó a la persona de todo pecado, tiene que seguir su reparto sin que a nadie se le caiga una lágrima por eso.

Hay algo que también se espera del cartero y es que sea amante. Un maldito pata de lana. El socio del camionero, del policía, del pelotudo. Lo malo de esto es que nunca será amante de Pampita. Y uno tendrá que hacer el esfuerzo para entrarle a la fulera de acá enfrente. Se convertirá en el colega del sodero, o comerá sus sobras. Igualmente, esto no es muy común. Sin embargo, para sus colegas carteros debe ser amante (y de Pampita).

-No sabés lo que me pasó hoy... Me atendió una perra... Un culo, unas tetas... sí, al final...

Mentira, todo el mundo sabe que es mentira. Puede que la perra te haya atendido, que tenga un culo, unas tetas... Pero indudablemente no te la cogiste. Es sólo una manera de mantener la hombría a flor de piel; de cuidar la imagen en la sociedad postal. No ser menos que el otro cartero amante. Para contrarrestar, o de alguna manera, por lo menos bajar el status del otro y sentir que el propio es más alto, es que, indudablemente, el cartero es un cornudo. Y seguramente los patas de lana son sus propios

compañeros de trabajo. Uno puede haberse casado con la mujer más santa y más fiel del universo, pero es seguro que los demás, y no sólo los colegas sino el barrio, el país, pasó por su cama. Hasta los solos son cornetas. El correo parece una fiesta carioca de tantos cornetazos. Y ya que los carteros son gente también (porque somos gente, eh), es otra de las tantas cosas que se pretende de un cartero.

El cartero, según la gente, siempre está de buen humor. El cartero tiene que responder a una broma siempre con una sonrisa. Tiene que escuchar chistes como: "*Si son cuentas, seguí de largo*"; "*No me traigas malas noticias*"; "*¿Nunca una herencia?*"; "*Si es para pagar, no hay nadie*". Basta de esos chistes malos. ¡Basta! Sabés que te van a traer las cuentas de lo que vos, sí, vos, gastaste. Debe ser que ahí está el chiste. Pero escucharlo una y otra vez, los 365 días del año, 365 veces por día, se convierte en algo que da bronca. Hasta algunos creen que es chistoso que te digan "*Te odio*" y "*Qué malo que sos*". El cartero es malo, claro. El cartero es un hijo de puta. No sólo por ser pata de lana (o por negarse); no sólo por no poder resolver un problema que no le incumbe, ni adivinar quién es el que le pregunta por su correspondencia, o Por no saber una calle. O por supuesto, si trae las cuentas para pagar. Sino también lo es si no llega el resumen de cuenta. Siempre está el que dice que nunca le llegan las cuentas, o el que dice que le dejan la correspondencia de todo el barrio. También están los que se quejan que no se lo dejás en buzón y tienen un perro con cara de rabioso esperando que metas la mano tras la reja. También están los que no tienen buzón, y de este grupo, se desprenden los que se quejan porque le dejás las cartas tiradas en el piso en vez de enganchada en la reja, y sus perros la rompen y los que se quejan que las dejás enganchada en la reja en vez de en el piso y sus vecinos se la roban (como si fueran a pagárselas) ¿Qué mierda quiere la gente? Si llevás una carta documento es un hijo de puta. Te miran con cara de orto, te quieren explicar que no deben nada. Qué carajo me importa si debés o no debés. Lo más seguro es que debas y que quieras quedar bien. ¿Bien con quién?

La gente pretende demasiado del cartero. Todo esto no lo invento yo. Tampoco lo inventó Charles Bukowski; Le pasó, le pasa y le va a pasar a todos los carteros de todas las latitudes y épocas.

Sí, imagínense a un mensajero real en la edad media, o algo parecido. El chabón tiene que ir de un reino a otro para llevar un mensaje de guerra. Un mensaje que le importa un carajo, pero bueno, es su laburo. Sale del palacio, va por el monte, cruza ríos, desiertos y todas esas cosas, y cuando está llegando al otro castillo, sediento, hambriento, cansado, se le

acerca una vieja y le pregunta:

-¿Hay algo para mí?

-Cómo mierda voy a saber quién es usted.

-¡Soy la reina!

Entonces, lo estacan, lo cuelgan, lo descuartizan, lo decapitan o lo mandan a la hoguera. Todo por un mensaje de mierda.

O qué se yo; vámonos a los inicios. El cartero cavernícola, que le encomiendan un mensaje de amor. El mono tiene que llevarlo hasta las cavernas de la otra montaña. Va caminando por el prado lo más choto y escucha unos pasos. Se da vuelta... Al galope viene dinosaurio que se lo quiere papear. Ahora tenemos Rottweiler que es lo más jodido, pero, mal que mal, no sé... un cascotazo, un palo, algo lo tiene que parar. ¿Pero a un Tiranosaurio Rex?... Te tenés que meter el garrote en el culo y correr por tu vida. Bueno, sortea al dinosaurio, llega a las cavernas, llama a la destinataria cavernícola. Sale... Más fea que patada en los huevos. Los pelos sucios (de las axilas, hablo). Dientes podridos y todo eso. Comienza a hacer señas para mostrar el mensaje de su amado. Hace señas; No van a creer que era como en los Picapiedras, que tallaban en una tabla con un pájaro carpintero o usaban tinta de pulpo. ¿Qué mierda habrá fumado Hanna Barbera cuando se le ocurrieron esas cosas?... El Lagarto Juancho... Manotas... El perro turquesa que ni sé cómo se llama. No, tenían que hacer las señas. Y por ahí, la desagradable cavernícola interpretaba mal, le pegaba un garrotazo en la cabeza y se lo llevaba de las patas pa' adentro. Ahora, eso sí, si la cavernícola estaba buena: dientes sanos, pelos en las axilas pero menos sucios; unos tubos, bíceps, tríceps (qué se yo, le cabían medios chulos) Entonces sí entendía perfectamente el mensaje y salían corriendo a copular con el remitente, y olvidate de que el cartero moje la chaucha.

Algo más místico, si querés: Moisés. Moisés era un mensajero de Dios, un cartero de Dios. Ya lo querían matar antes de que llegara a nacer, por eso lo mandaron en una canasta. El tipo, tenía que ir todas las semanas a llevar el mensaje al faraón de que liberase a los hebreos. Pero cuando estaba llegando al palacio o a la pirámide, no sé dónde vivían, el faraón siempre salía con lo mismo:

-Si son plagas, seguí de largo.

Y todos se cagaban de la risa del chiste, y Moisés no podía más que reír por no llorar.

Diez plagas; diez chistes iguales. Después tuvo que recorrer el desierto, cruzar un mar con todo un pueblo a costa y los egipcios atrás de ellos. Y las momias... Los perros se manejan, los dinosaurios no sé, alguna posibilidad de herirlo tenés ¿Pero las momias? No había espada del augurio, ni Martín Karadagián. No. Dale rosca, abrí el mar y cruzá. Después tuvo que subir, a pata, a la cima del Monte de Sinaí para escribir las leyes de Dios en un cacho de piedra (Sí, era cartero y dactilógrafo). Con ampollas en los pies y los dedos encayados de darle al cortafierro, baja, se pone frente a todo su pueblo, y cuando va a entregar el mensaje, salta un boludo de por ahí y le dice:

-Sí son mandamientos, no hay nadie.

Carcajada popular. Moisés tuvo que sonreír para quedar bien, mientras por dentro le hervía la sangre.

Fue así, y así va a ser. Me imagino en el futuro. No, no va ver robots carteros. Olvidate. No es los Supersónicos. El cartero va a ser de carne y hueso. Va a llevar la correspondencia a los androides. Ellos van a dominar el mundo y los seres humanos van a ser carteros. Por suerte, ya voy a estar muerto o jubilado. Ahora, no me pregunten por qué los robots van necesitar cartas... No tengo la más puta idea. Se podrían pasar la información por bluetooth o algo así, un poco más moderno. El hecho es que la raza humana va a tener que repartir cartas y va a tener que saberse todas las calles por si le preguntan (sí, un robot podría tener un GPS metido en el culo, pero bueno), y conocer a todos los Cyber-destinatarios (que van a ser fabricados en serie) y darle matraca a un maniquí de lata que no sé si va a gozar (Gillet va a tener ahí abajo). Y escuchar los chistes electrónicos programados en sus microchips. Así que, yo que ustedes, empiezo a tratar bien al cartero, no sea cosa que el día de mañana se quejen porque un Terminator los trata como hijos de putas, tan solo por llevarle un telegrama de despido temporal.